

justicia, del mismo modo que su fortuna un derecho inmutable.

—Duradera! repitió alzando su soberbia frente. Tan sólida y tan durable como lo es y será la estufa consentida aquí para mí y para toda mi descendencia. Todo en mi casa es eterno.

En el mismo instante salió una cargada infernal de la magnífica estufa que ella señalaba con el dedo, un crujimiento espantoso la sucedió, y la estufa se rajó y cayó á pedruzos.

Palideció la señora de Scheremberg, y en aquel mismo año la adigüó una serie continua de desastres y desgracias, pues su fortuna se desmoronó, y su estufa y su orgullo como su fortuna.

Murió sin dejar siquiera con qué pagar sus funerales, y algunos amigos caritativos le pagaron un modesto entierro. En cuanto á sus descendientes, no pudieron recobrar el antiguo esplendor de los Scheremberg, y la familia ha permanecido siempre pobre.

Al volver á Reval fui á ver al gobernador de la plaza Patkull, pues deseaba conocerlo, porque me retirieron una historia singular que pertenece á su familia. El gobernador, que es de una talla muy alta, tenía entre sus abuelos un guerrero gigantesco y excesivamente orgulloso con su alta estatura. Ocurriesele un día colgar del techo una enorme lámpara de cristal sin servirse de escalera ni taburete, y sin empinarse siquiera sobre las puntas de los pies; encantado de esta obra maestra, depositó su suma considerable en un establecimiento público, con orden de no entregarla sino á uno de sus descendientes que llevase el apellido de Patkull y que pudiese quitar la araña de su lugar sin escalera ni taburete. Ningun Patkull se ha hallado desde aquella época con una estatura bastante aventajada para poder descolgar la araña y cumplir el extravagante deseo de su atisimo ascendiente.

¿Y el dinero? El cristal pendió aun

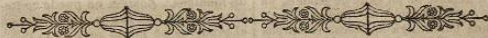
del techo y la suma aguarda al gigante.

Lo siento por Reval, pero todas sus crónicas inducen á creer que la vanidad era allí en otro tiempo la base fundamental del carácter de sus buenos habitantes. ¡Libreme Dios de pensar que es ahora así! pero yo no juzgo, solo refiero.



### EL REYEZUELO.

El reyezuelo es el mas diminuto de nuestros pájaros. Los hay de muchas clases, y así se les da diferentes nombres, segun tambien las diferencias poco perceptibles ó al menos poco notables que existen en su especie. Su pico es delgado, corto y un poco comprimido, los agujeros de su nariz cubiertos de una plumilla muy fina, su lengua cartilaginosa muy puntiaguda, áspera por su extremo y las alas cortas. El color del fondo de su pluma es verdoso ó al algun tanto oscuro; pechuga y garganta pajiza, y el vientre blanco tirando á pardo. Por un contraste bastante notable el reyezuelo fabrica su nido en la tierra, en el corazón de algun enmarañado jaral y entre hojas secas, y lo hace con plumion, y tan pequeño, que facilmente se oculta á los ojos de los mas prácticos y perspicaces. Los ingleses le llaman *chiff-chaff*, cuyo nombre reproduce con bastante exactitud el ruido que produce su gorjeo. En Francia se le designa bajo el de *tip-tap*, tambien por una imitación de su canto, cuyos sonidos repite siete ó ocho veces y con la mas grande precipitación y volubilidad, y en España le designan con el nombre de *reyezuelo*.



## VARIEDADES.



### JOSE ZORRILLA.

No es notable que, como la historia de la humanidad dentro del sistema de Vico, giren dentro de un mismo círculo la mayor parte de las biografías de poetas? Sus padres siguen todos el axioma de Platon, que escujia de su república á los soñadores. Quieren que sus hijos tomen parte en las maniobras activas de la nave social, echan-poró á él en una pequeña villa de Castilla la Vieja, donde estaba, confinado de real orden con prohibicion de acercarse á la corte y á los sitios reales. Muere luego Fernando VII, y su testamento suscita la guerra civil. ¡Dejará el antiguo magistrado á su hijo por defender sus principios políticos, por su deber de familia. Tres años permanece en su oscuro retiro, atento al estudio de las leyes que sigue su hijo en las universidades de Toledo y de Valladolid. ¡Sacrificio inútil! Los áridos campos de la jurisprudencia desagradan al poeta naciente que está enagenado con los perfumes literarios que ha traído del colegio de los jesuitas. Cónsele de las manos los cófigos latinos y castellanos por deleitarse con el *Romanero*, D. Quijote ó los dramas de Calderon. Cediendo á las reiteradas amonestaciones de su padre, se levanta para ir á la cátedra de derecho civil, y segun va andando, ya se

La vida de D. José Zorrilla ofrece un ejemplo notable de los triunfos que la imaginacion filial compra muy caro contra el dictámen paterno. Habiendo nacido en Valladolid el 21 de Enero de 1817 de D. José Zorrilla, magistrado de la chancillería, y de Doña Nicomedes Moral, viajó en su infancia desde la ciudad natal á Burgos y á Sevilla, donde su padre estuvo empleado. Noubtrado éste en 1827 alcaide de casa y corte, fué á Madrid en donde tuvo tambien un cargo elevado en el ramo de policía. Colocó á su hijo en el Seminario real de los nobles,

vasto establecimiento que estaba al cuidado de los jesuitas, y dotado de grandes privilegios por el rey. En él se daba una educación sólida y brillante, á los primogénitos de las primeras familias del Estado. Zorrilla estudió en su compañía hasta 1833 las humanidades, la filosofía, las matemáticas, las lenguas, el dibujo, la música, y demas conveniente al desarrollo de su rica imaginacion.

Como á la salida del colegio no viviera ya su padre en Madrid, se incorporó á él en una pequeña villa de Castilla la Vieja, donde estaba, confinado de real orden con prohibicion de acercarse á la corte y á los sitios reales. Muere luego Fernando VII, y su testamento suscita la guerra civil. ¡Dejará el antiguo magistrado á su hijo por defender sus principios políticos, por su deber de familia. Tres años permanece en su oscuro retiro, atento al estudio de las leyes que sigue su hijo en las universidades de Toledo y de Valladolid. ¡Sacrificio inútil! Los áridos campos de la jurisprudencia desagradan al poeta naciente que está enagenado con los perfumes literarios que ha traído del colegio de los jesuitas. Cónsele de las manos los cófigos latinos y castellanos por deleitarse con el *Romanero*, D. Quijote ó los dramas de Calderon. Cediendo á las reiteradas amonestaciones de su padre, se levanta para ir á la cátedra de derecho civil, y segun va andando, ya se



para delante de un baile de gitanos, ya le arrastra un soldado viejo que cuenta una batalla, ya se descarría en pos de dos estrellas, ya le emblobo un canto en las levadas de los moros y de los árabes, ya le representa una ruina la España antigua y los compañeros del Cid. . . De esta suerte nuestro estudiante de leyes, concluyendo por sentarse sobre una piedra, dibuja los caprichos de un arabesco durante la esplicacion del derecho, ó bosqueja un romance en verso de una disertacion sobre los fueros.

En suma, sabia de memoria al fin del año todas las tradiciones de Toledo; pero el árido estudio desapareció de él al soplo de la poesía, como una nube de polvo al del levante.

Sucedió, pues, lo que era inevitable. El padre, deseoso de que su hijo fuera un gran jurisconsulto; y el hijo, arrastrado de sus inclinaciones naturales, se irritaron el uno contra el otro hasta indisponerse entre sí. Tal fué el único proceso capaz de interesar al joven Zorrilla, y este como aquel desplegaron igual energía, creyendo litigar cada uno *pro domo sua*.

—Si no te gusta la carrera de leyes, dijo el padre, toma la azada y ve á cercadar nuestras viñas.

—Ya que mi padre, se dijo á sí mismo el hijo, me ha dado una educacion contraria á sus proyectos, prefiero sacar de ella el partido que me conviene, á aprovecharla en nuevos estudios contrarios á mi afición.

No era del todo disparatado el razonamiento, si no hubiese mediado la desobediencia que por desgracia llegó hasta la imitacion del niño prodigo.

Un día nuestro poeta, apurada su paciencia, sale de la casa paterna y mira al horizonte por el lado de Valladolid. Como las brujas de *Macbeth*, le bastan en coro las leyendas de la antigua ciudad. Aparteen á sus ojos los monumentos góticos y bizantinos de un modo deslumbrador. . . En el centro se representan las fiestas de la corte con sus cabalgadas de señoras y

de hidalgos. Zorrilla no puede contenerse ya; ve una yegua que padece en el prado de un primo suyo, y la monta en pelo y sin estribos. Dirige un suspiro y una lágrima hácia el albergue de su infancia, aquella casa cara á su corazón, pero que tiene á sus ojos la forma de un código monstruoso que es preciso hojear día y noche. . . Ya le tenéis andando para Valladolid en su corcel, aguijando con el talon, mientras le aguija á él mismo la musa que monta en grupa y galopa con él. . .

Leida la infancia de Jaime Callot, fácil será imaginar las aventuras de nuestro poeta, cuya narracion no se nos permite, pues también halló este el camino de la gloria en una carreta de gitanos errantes.

¡La gloria! Sin ella no podía justificarse. Su padre, arrebatao de su retiro por sus enemigos, una vez que no contaba ya con su hijo, empeña secretamente su fortuna y pasa al campo de D. Carlos. Aquí sus amigos se convirtieron en adversarios suyos por la inflexibilidad de sus principios, y emigró á Francia antes del convenio de Vergara. Entonces se presentó á su hijo la ocasion de un noble desquite. . .

Zorrilla se estrenó en la poesia por medio de un rasgo de maestro, el *Sepulcro de Figaro*. Habiéndole dado á conocer esta obra, vierte á torrentes su nimen, publica volúmenes sobre volúmenes, populariza su nombre en España y en América y se halla contrahcho por los libreros extranjeros, disentió y admirado por todos los críticos de la Europa, y sobrepuesto, en fin, á sus rivales en la edad en que estos eran todavía desconocidos. Su fama llega hasta su padre desterrado, que en un principio la contempla con enfado, sintiendo que un talento que hubiera dominado en el foro, se emplea en vano en locas rimas y en caprichos impíos ó escandalosos. Abre con repugnancia ó tal vez con cólera los libros de su hijo, y qué halla en cada página de ellos? ¡Oh sorpresa! Los principios religiosos mas sólidos y mas

puros, las heroicas memorias por las que ha sacrificado su propia vida, las tradiciones de la gloria y de españolas, animadas en narraciones tiernas y cantadas en estrofas armoniosas. . . Bendice los versos que había maldecido, aplaude, llora y aun hace mas, pues llama y abraza á su hijo.

Zorrilla abraza entonces con su nombre amado el sospechoso de su padre, sirviendo de egida al proscrito su reputacion. Le facilita la vuelta á España y la restitution de sus empleos, honores y servicios, hasta los prestados á D. Carlos.

Admirable día para los dos, y venganza digna de ambos.

Ocurrió en 1845 la entrada del padre, quien, reunido con el hijo en seguida, se fué á su suelo natal Torrequemada. En breve el segundo presenta al primero la muger con quien está enlazado, y todos tres pasan juntos los veranos de 1847 y 1848. ¡Por qué duró tan poco esa gran dicha! Preguntádselo á la Providencia. En Setiembre de 1849 murió el padre de Zorrilla, sofocado por la gota, sin que hubiese podido desempeñar sus bienes gravados por la desgracia y el destierro. Indicó sábiamente á su hijo los medios que le sugeria la ley para salvar su fortuna; pero el noble poeta, temeroso de esponer un nombre sin mancha en medio de los litigios, aceptó á ojos cerrados todas las deudas, y dejó á los acreedores su herencia entera.

Quisieron sus amigos resarcirle con alguno de aquellos beneficios simples que dispensan los gobiernos á los escritores que en servicio de ellos emplean su pluma. Mas habiendo jurado Zorrilla á su padre que jamas tomaria partido contra los campeones de D. Carlos, cumplió religiosamente su promesa y conservó toda su independencia literaria fuera de las regiones políticas.

Las obras poéticas de Zorrilla forman 26 tomos que comprenden casi 200.00 versos. Un nimen tan fecundo

recuerda á Calderon y Lope de Vega. Sus obras han producido grandes sumas á los editores y á los contrafactores. M. Baudry ha reimpresso en Francia sus tres cuartas partes, á inundado así la Europa y la América. Los asuntos principales son las tradiciones históricas y religiosas de la España y del Oriente. Acaba el autor de fijarse en Paris, para revisar, completar y publicar por sí mismo, á manera de M. de Lamartine, una edicion que será la única reconocida por él. El *Mundo Pintoresco*, honrado con sus mas preciosas confianzas, publicará los episodios suyos inéditos. He aquí la continuacion de sus

## FRAGMENTOS

DEL LIBRO X DE GRANADA, POEMA ORIENTAL DE D. JOSE ZORRILLA.

## IV.

¡Qué hermosas son las noches de Granada!  
¡Cuánto placer la atmósfera respira!  
¡Con qué rumor tan grato perfumada  
Susurra el aura que en sus huertos gira!  
Su misteriosa soledad, poblada  
De árabes genios, languidez inspira,  
Y no encierran los senos de su sombra  
El vago miedo que en la noche asombra.

El canto de los pájaros canoros  
Que anidan en sus bosques, embebece:  
El ruido de sus árboles sonoros  
Y de sus frescas aguas, adormece;  
De la brisa en los pliegues incoloros  
Vagabundo el espíritu se mece:  
Todo reposa allí bajo el imperio  
De un oriental incógnito misterio.

Encantada ciudad cuyas historias  
Piden del rey profeta el harpa de oro;  
Sultana del Genil, cuyas memorias  
Evoca á solas y en silencio adoro:  
Alcázar oriental de cuyas glorias  
Envidioso está el mundo, bien el moro  
Dijo al decir que la mansion divina  
Está sobre tu tierra peregrina.



Tras el ceidal de tu estrellado cielo  
Se ve la faz de Dios que centellea:  
No hay quien detrás de su flotante velo  
La omnipotencia de su ser no vea:  
No hay quien escrita en tu ficulado suelo  
La realidad de su poder no lea:  
No hay quien contemple tu nocturna calma  
Sin alzarse un altar dentro del alma.

¡Tierra de bendicion! ¿quién no te adora?  
¡Tierra de amor, en que el placer se amida,  
En tus dulces recuerdos se atesora  
Toda la gloria de mi inquieta vida!  
¿Quién de ti, si te ve, no se enamora?  
¿Quién tus noches espléndidas olvida?  
Bien hizo el que á tus pies por no perderlo  
Peleando tenaz buscó la muerte.

Es una noche azul de primavera.  
Millones de lucientes luminares  
Dan tibia luz á la terrestre esfera;  
De flores aromáticas miliares  
Alfombran ya la tierra, y la ligera  
Brisa en su régia estancia de Comares  
Introduce sus vírgenes olores  
A través de sus áureos miradores.

Sobre cojín morisco reclinada,  
Los pies doblados sobre escasa alfombra,  
Yace la que de la árabe Granada  
Al fin sultana sin rival se nombra.  
Rico dosel de seda cairulada  
Da á su liguada faz templada sombra,  
Y pantalía chinesca en su penumbra  
Guarda el mocheero que el salón alumbra.

Es la azucena pálida de Loja:  
Es de Ah-Athar la tímida gacela:  
Es la muger que trémula cual hoja  
De triste saúco, duda, ama y recela.  
Moraima es cuyo ánimo acongoja  
Pasar secreto que la tiene en vela,  
Es la sultana de caballos de oro  
Que el alma hechiza del monarca moro.

Kael, su negro y perspicaz Nubiano  
Yace á sus pies con languidez tendido;  
La frente apoyada sobre la ancha mano,  
Fatigado tal vez, tal vez dormido;  
Mas la mirada fija del enano  
Y la abierta nariz y atento oído  
Al que su instinto y lealtad comprende  
Advientan que sagaz á todo atiende.

En el oscuro camarín, formado  
Por la maciza fábrica del muro,  
Y en donde se abre el agimer dorado  
Que da aire y luz al aposento oscuro

Al estilo de oriente fabricado,  
Contempla el cielo otra muger; su duro  
Contorno sobre el cielo se destaca,  
Pues fuera del balcón el cuerpo saca.

Es Aija la despótica sultana,  
El genio protector del islamismo,  
Que desde aquella arábica ventana  
Mide del porvenir el hondo abismo.  
Genio tenaz, encarnación humana  
De la fé, del valor y el heroísmo,  
Genio que á parecer en otra era  
Mentir á los horóscopos biciera.

Con el rumor del bosque confundidos  
Que sombran la torre de Comares,  
Trae el aura fugaz á sus oídos  
Del bullicioso pueblo los cantares.  
A sus vasallos quiere entretenidos  
Tener el nuevo rey en sus hogares,  
Y el mal que sus horóscopos predicen  
Cantando olvidan y á su rey bendicen.

JOSE ZORRILLA.

## UN ARTISTA.

I.

EL JUDIO.

— ¡Ricardo! ¿es posible que nunca  
dejes el rincón de la mano? Yo creo  
que aun en sueños no haces otra cosa  
que delirar con nuestras estatuas; y á  
fé que nuestra aplicación os sirve bien  
poco: siempre matáados por trabajar,  
y sin embargo, jams podemos salir  
de la miseria en que ya va por tres  
años en que nos vemos sumidos.

— Callad, buena Mónica; tal vez no  
está lejos el día que alumbre nuestra  
fortuna.

— ¡Y si en tanto nos morimos de  
necesidad?

— La Providencia asiste al desgra-  
ciado, y por lo mismo no ha de aban-

donarnos á merced de nuestra infan-  
ta suerte. Además, por muchas som-  
bras que empañen el horizonte de  
nuestro porvenir, ya he de atropellar  
por medio de ellas, y han de desapa-  
recer ante la antorcha resplandeciente del  
genio. Tengo en mi mente una santa  
inspiracion que nadie será capaz de  
arrebatarne, y esa inspiracion ha de  
elevarme un día tanto sobre los demas  
seres, que al través de la nube de glo-  
ria que me circunde, tan solo Dios ha  
de alcanzar á comprender lo sublime  
de mis ideas.

— ¡Estais loco: vagais por el ilusorio  
pais de las ideas, y no recordais las  
calamidades presentes que os agobian.

— ¡Es verdad; pero diez dias corren  
muy presto, y pasados que sean, esta-  
rá ya mi Crucifijo concluido. Delarch  
lo verá; no podrá menos de admirar-  
lo; y entonces... entonces alcanzaré  
un nombre célebre que me distinga

entre los principales artistas, una po-  
sicion que honre mi mérito, y una co-  
rona tal vez... ¡Oh! Mónica, á los  
veinte años delira el corazón con es-  
peranzas de gloria; á los veinte años  
hiere en el pecho un entusiasmo que  
nos agita... que nos arrebatara...  
¡Oh! no daría yo mis ilusiones de ar-  
tista por los goces que un potentado  
disfruta en su palacio.

— ¡Bien dicen, que la juventud es la  
fuente de las ilusiones.

— ¡Y esas ilusiones son tan hermo-  
sas!

— ¡Ricardo! ¿Y las realidades que os  
rodean? ¿y la enfermedad de vuestro  
padre!

— ¡Oh Mónica! Mi padre... mi pa-  
dre... tenéis razon... está enfermo...  
es necesario que yo busque  
dinero y que compre el medicamento  
que ha de darle la vida; ¡pero de  
dónde lo saco! ¿quién me lo presta!  
Soy nuevo en esta ciudad, y por lo  
mismo no cuento en ella con ningun  
amigo de quien poder valerme; ade-  
más, carezco en el día de reputacion  
artística, y nadie querrá pagar mi tra-  
bajo adelantado. ¡Oh Virgen Santa!

¡Ver un hijo padeecer á su padre, y no  
poderle suministrar por su pobreza el  
único remedio que le daría la salud!

— No os aflijais tanto, hijo mio; tal  
vez se nos ocurra algun medio...

— Ninguno, Mónica. Si mi Crucifijo  
estuviese acabado, tendrian presto fin  
nuestras angustias; porque yo me lan-  
zaria con él á los pies de M. Delarch,  
que dicen aprecia tanto á los artistas,  
y le diria: Toma el fruto de mis ta-  
reas; ahí tenéis la obra que tantas ho-  
ras me ha robado... guardadlo para  
vos; pero dadme en este momento  
treinta libras que necesito para dar la  
vida á mi padre. ¡Oh! Estoy muy se-  
guro que el mérito de mi obra ablan-  
daria su corazón, por mas duro y em-  
pedernido que fuera.

— Pero esas palabras son vanas; sus  
situaciones apuradas; la actividad y las  
obras son las únicas que pueden pro-  
porcionar un remedio.

— ¡Y bien, ¡qué quereis de mí! de-  
cidme que la sangre de mis venas pue-  
da volverle la salud, y me vereis ras-  
garlas hasta verter la última gota que  
contengan.

— ¡Escuchad. ¡Si una idea que me  
ocurre pudiera salvarnos!

— ¡Hablad presto.

— ¡No recordais los ofrecimientos  
que os hizo aquel judío prestamista, al  
despedirse de vos en nuestra quinta!

— ¡Sí, y bien...

— ¡Tal vez si ocurriésemos á él...

— ¡Y cómo encontrarle!

— ¡Le ví entrar días pasados en una  
casa inmediata á la nuestra.

— ¡Oh Mónica! Dios sin duda os ha  
inspirado en este momento. ¡Id pronto  
en busca de Ezequiel, que, ó ha de  
ser un ingrato, ó al recordar mis favo-  
res ha de socorrer mi necesidad.

Un cuarto de hora habia pasado desde  
que Mónica habia salido en busca del  
judío, cuando se le vió volver alboroz-  
ada: ¡somos felices!... exclamó; han-  
zándose en los brazos del jóven artista,  
y rebozando de alegría. Ezequiel  
viene... ya está en la escalera. ¡Oh!  
Dios ha oído nuestras súplicas.



—Salud, joven, dijo con afectación el judío, dirigiéndose á Ricardo, y escuchando al mismo tiempo una escudriñadora mirada al miserable aposento en que se hallaba.

—Salud, Ezequiel, respondió con dulzura el joven artista.

—Sin duda tendreis alguna cosa que mandarme, cuando me habeis mandado llamar.

—Seguramente; pero antes quisiera preguntaros si recordais haberme visto en alguna ocasion.

—Yo... no... como ve uno tantas fisionomías, le es difícil retener ninguna en la memoria. Os habré prestado alguna vez dinero; y entonces...

—No es eso. Cuando veniais á Burdeos, ¿no recordais una casa de campo en que se os hospedó una noche de grande tempestad? Era la mia.

—Si, es verdad, una remota idea conservo de eso, dijo el judío afectando indiferencia; pero, joven, añadió á continuación, en este momento me aguarda un quehacer impropio, por lo que si teneis algo que decirme, estimaria que despacháseis cuanto antes.

—Si... sí... nada mas justo, añadió Ricardo disimulando su amargura y palideciendo su rostro. ¡Oh ingratos hombres! murmuró despues entre sí, ¡qué presto olvidais los beneficios que se os hacen! Es el caso que tengo á mi padre enfermo.

—¿Y bien?

—Le amo tanto, que sacrificaría mi existencia por libertar la suya, y...

—Necesitais dinero, ¿no es verdad?

—Con treinta libras le doy la salud, ó le pierdo para siempre.

—¿Teneis alhaja?

—Ninguna. ¡Me engaño! una, sí; pero que ahora tal vez no reputareis por tal.

—De ese modo, ¿cómo quereis!...

—Atended. La alhaja de que os hablo es un Crucifijo que todavía está por concluir; pero un Crucifijo que pasados diez dias podrá valerme el oro suficiente con que satisfacer cien

veces el pequeño préstamo que os demando.

—Eso es nada para mí.

—Ademas, Ezequiel, mi eterna gratitud... mi amor, y...

—¡Bah, bah! Cuando el perro tiene hambre, no se satisface por cierto con las simples caricias de su amo. No faltaba otra cosa, sino que fuese á firmarse en la palabra de un mozo, y en una mala escultura que todavía está por concluir; porque ¿cómo puede ser buena una obra trabajada por un artista novel, sin experiencia ni reputación?...

—Ezequiel, exclamó Ricardo interrumpiéndoles; os he llamado para pedirnos un favor, y no para que me insulteis.

—No es insulto la verdad.

—¡Judío! Callad vuestra lengua.

—¡Esto mas! Quedad con Dios, joven, no quiero hacer caso de las palabras que os dicta una imaginación loca y desenfrenada.

—¡Oh! no... no os ireis, exclamó el artista lanzándose sollozante á sus pies. Perdonadme si os he ultrajado en mi locura. Me habeis dicho que era mi obra mala, y para un artista que funda en ella sus esperanzas, esto es mas cruel que si le arrancaran á pedruzcos el corazón.

—Vaya, ¡dejaisme paso!

—¡Y mi padre! ¡y mi padre! gritó Ricardo con acento sollozante. ¡Oh! yo no puedo verlo morir... no ois cuán se lamenta! ¡Oh! ¡piedad de mí, Ezequiel! En vuestra mano está salvarlo... Treinta libras... treinta libras tan solo, y pedidme en cambio lo que querais; llevaos mis cincelos en prenda, llevaos todo lo que poseo; pero dadme las treinta libras.

—Me importunais demasiado con vuestras impertinencias; ea, haceme paso, ó de lo contrario, presto á mis gritos haré acudir quien sepa castigar tamaña insolencia.

—Pasad, pasad... prorumpió el joven con una sonrisa de desesperación; corazón empedernido, abandonad la casa del pobre y dejadle pere-

cer en su miseria. ¡Oh rabia! ¡Y el cielo no vibra un rayo que confunda la impasibilidad de esos hombres sin sentimientos! ¡Y no se hunde el sitio en que fija la planta! ¡Oh! casi me hace dudar en este momento de su justicia!—¡Cruel! ¡Y se ha ido! esciamó con dolor despues de haber visto salir al judío de su aposento, se ha ido sin atender á mis ruegos, sin atender á los sollozos de mi padre moribundo. Un hombre que pudiera dar la vida á otro hombre, tan solo con echar la mano á su repleto bolsillo, ha querido mejor guardar un remordimiento en el corazón, que sacar de la gaveta una cantidad miserable en comparacion de sus tesoros. Pues bien, ¡inhumano! añadido como herido de una repentina idea; yo te arrancaré la cantidad que me haz negado, y ¡ay de tí si opusieres resistencia, porque mi puñal es demasiado agudo para que puedas resistir!

## II.

## LA CARCEL.

Los primeros albores de la mañana comenzaban apenas á fulgurar en el Oriente, y un joven se miraba reclinado en una de las ventanas de su prision. Este joven era Ricardo, el cual se veia privado de su libertad hacia ya veinte dias. Tenia la frente posada en su diestra, y la terrible calma que manifestaba su semblante era un seguro indicio de la agitacion oculta que oprimia su pecho. Varias veces tendió su vista hácia las sombras que se hundieran en el ocaso, llevándole una noche de las contadas de su existencia; varias veces quiso tambien desplegar los labios, creyendo hallaria consuelo en contarse á sí mismo sus desgracias; pero estos arrebatos eran tan solo momentáneos, y volvía muy presto á sumergirse en la abyeccion primera. Así pasó el joven las primeras horas del alba, y así hubiera pasado tal vez to-

da la mañana, si un ruido parecido al que forma un cerrojo al descorsearse, no le hubiera hecho levantar la cabeza y dirigir la vista hácia la puerta que acababa de abrirse. Un hombre de unos cuarenta años, de tez morena y ojos hundidos, de barba poblada y de estenuadas carnes, fué el que vino á interrumpir el silencio que reinaba en aquel aposento. Al ver el preso que se le acercaba, y que en la espresion de su semblante parecia querer hablarle, aunque aparentaba no atreverse por alguna consideracion, interpretó aquel silencio de un modo siniestro, y creyendo adivinar su venida, exclamó dirigiéndole una centellante mirada:

—Verdugo, ¿rienes ya por ventura á reclamar tu víctima?

El recien venido, conociendo el motivo que le hacia hablar de tal modo, se sonrió cual si no hiciera caso de tan brusca salutación, y dando á su templada voz el acento mas dulce que le fué posible:

—No, joven, le dijo; vengo tan solo á preguntarte si puedo seros útil en alguna cosa.

—¡Ah! ¡serme útil! murmuró el preso con abatimiento, ¡quién suis pues?

—Vuestro carcelero.

—¿Y desde cuándo un carcelero se condeule de sus presos?

—Joven, entre los hierros y los cerrojos de las prisiones, puede tambien hallarse un corazón sensible.

—Es decir... .

—Que yo, como vos, tuve tambien un padre á quien amaba de todo corazón, y á quien por librar de las garras de la muerte, me ví obligado como vos á ser criminal. Pero esto no viene al caso; ved si puedo seros útil, querido, y con tal que no me pidais vuestra libertad, porque me seria imposible proporcionárosia, pedidme lo que gustis.

—¡Hombre generoso! exclamó Ricardo; venid á los brazos del que de hoy mas se dirá vuestro mejor amigo, ¡Tambien yo he idolatrado á mi padre, tambien yo espuse mi vida por salva-



la suya, logró lo segundo, y por lo mismo nada me importa que haya de rodar mi cabeza sobre un cadalso.

—Y sin embargo, es muy amable la vida cuando corren los primeros días de la juventud.

—No lo es para el que ve en ello tan sólo un horrible caos de amargura. No lo es, para el que hallándose dotado de una alma noble y entusiasta, y de un corazón enérgico y emprendedor, tiene que humillarse raquítico bajo la mano del destino, sin que pueda jamás desde tan humilde asiento dar vuelo á las ardientes alas de su imaginación. Si, amigo mío, tú no sabes lo que sufre una alma que no tiene la fortuna de ser comprendida por los demás seres que la rodean, una imaginación de artista que se sublima anhelante de gloria y que ve inutilizados sus esfuerzos: ¡oh! para ese la vida es un martirio, una desesperación continua, y que cesa tan solo al llamarle la muerte desde la honda mansión del no ser.

—No os entiendo.

—¡Oh! Bien se conoce que jamás ha llegado á turbar la calma de vuestro pecho ese anhelo de un nombre que tantas veces ha perturbado mis sueños, esa fantasma de gloria que persigue al hombre tenaz é incansable, fascinando su vista con los mágicos fulgores que respide. Ahora mismo, amigo; en este momento en que debiera consagrarme tan solo á la oración y olvidarme para siempre de esos deseos... ¡lo creéis! temblo al pensar en la muerte, porque no me es dadas de descender á la tumba con la frente ceñida de una corona. ¡Ah! si vos quisierais, exclamó, cogiendo entre sus manos la derecha del carcelero, tal vez el lauro que por tanto tiempo he suspirado, llegará á ornar mi lecho funerario.

—No llegó á comprenderos, repito; pero podéis hablar á quien desea serviros.

—Escuchad, pues. Tres días me restan de vida, y este es el tiempo que

necesito para acabar mi última obra, obra ¡ay de mí! que no quisiera dejar sin concluir. Id á casa de mi padre; traedme el Crucifijo que se halla en mi mesa, y traed también mis cincos. Esta es la única gracia que os pido.

—¡Jóven! ¡queréis suicidaros con el cincel!

—¡Suicidarme delante del Crucifijo! No, amigo mío; no temáis que el artista se olvide de que ante todo es cristiano. Id á mi casa, y si veis llorar á mi padre, decidle que su hijo llora también; pero de alegría por verle mejor. No le digáis, por el cielo, que estoy condenado á muerte.

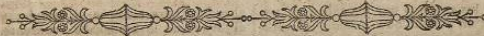
El carcelero, al oír estas últimas palabras del jóven, perdió el color súbitamente, y dando un abrazo á su jóven protegido, salió apresurado de tan miserable estancia.

### III.

#### EL CRUCIFIJO.

El sol estaba muy cerca de la mitad de su carrera, cuando ya el pueblo de Burdeos se hallaba reunido á las puertas de la cárcel esperando dos cosas; que el reloj anunciase las doce, y como consecuencia precisa que el reo saliese á su destino.

La multitud impaciente se agolpaba en rededor del patíbulo, deseosa de contemplar de cerca al jóven sentenciado que en aquellos últimos días había sido el objeto de todas las conversaciones. El pueblo había oído casualmente las virtudes del reo, y el buen comportamiento que había tenido con su padre, y no podía menos que codoarse de la suerte del jóven, reprobando la sentencia del tribunal, demasiado cruel en su concepto. Todos tomaban parte en las conversaciones populares de aquellos días, y todos ensalzaban á su modo las prendas del jóven artista. Los ancianos consideraban como disculpable su arrebato, y tanto mas cuanto era un perro judío, como ellos decían, el objeto de su furor. (Continuará)



## VARIETADES.



### UN ARTISTA.

#### III.

#### EL CRUCIFIJO.

(CONCLUYE.)

Las viejas decían que había sido un buen hijo, y que un excesivo amor filial no debía castigarse tan cruelmente. Las jóvenes alababan en Ricardo el amor que había mostrado en varias ocasiones, y sentían la pérdida de un jóven de tantas esperanzas. Las muchachas se condolían al saber que era un esbello jóven el que iba muy pronto á finar la carrera de sus días; finalmente, entre los muchos que hablaban, no faltó alguno que creyese que Dios no consentiría la muerte de un muchacho de tan bellas prendas, cuando un judío maldito (y lo decían por Ezequiel) era la causa de su sentencia.

Qual suelo alzarse del fondo de los mares un sordo murmullo, producido por el viento tempestuoso que comienza á agitar la superficie de las ondas, así del centro de aquella muchedumbre, en la parte que todos hablaban, algunos reían, y los mas rumiaban impacientes por la tardanza del reo, se dejaba sentir un confuso susurro de

veces que se perdía á lo lejos. Sonaron en este momento las doce, y el pueblo, como si hubiera sido tocado de un resorte mágico, enmudeció súbitamente; las puertas de la cárcel se abrieron, y la triste comitiva apareció en la calle.

—¡Qué sereno val! decían unos al mirar el paso seguro de Ricardo.

—Es que no le remuerde la conciencia, murmuraban algunas viejas.

—Y es muy buen mozo... ¡qué lástima! añadian las jóvenes.

—¡Por vida de mi abuelo! decían no pocos mozos; merece la muerte de un judío la pena de quitar á un cristiano la vida!

Entre tanto marchaba el pobre Ricardo al patíbulo, fijos los ojos en el Crucifijo, su obra; Crucifijo que había legado á los hermanos de la caridad que le acompañaban, habiéndosele otorgado la gracia de que aquella divina imagen, bendecida ya por el dios po, le consolase en su agonía. ¡Oh! ¡cuán terrible era entonces la situación del desgraciado jóven! Sentía su paso trémulo, y se veía forzado á apañar fuerza y energía; tenía los ojos henchidos de lágrimas, y una fuerza superior le decía: *No te muestres apocado, derrita ese llanto el fondo de tu corazón; pero no lo viertas esponiéndolo á la befa de una muchedumbre que no se cuidará de enjugarlo. Miraba en torno un pueblo que miraba, que se reía, que miraba el capricho, y él r*



nar los suspiros que ahogaban su pecho: un pueblo que mañana volvería otra vez á contemplar ese magnifico planeta que rige al universo, y que mañana danzaria y reiria tambien sin curarse del infeliz que habia dejado la mansion de los vivos. Cuando así discurría lanzaba del pecho oprimido un suspiro imposible de contener, suspiro dirigido desde el fondo de su corazón al corazón de su padre.

Absorto en estas ideas, continuaba el reo su marcha sin curarse del gentío que le circundaba, aunque dirigiendo maquinalmente y de vez en cuando sus miradas á la muchedumbre, cuando de repente helada la sangre en sus venas y faltos los ojos deluz, se paró súbitamente, no pudiendo sostenerse en pié. Era una imágen espantosa la que le sobrecogia, la vista del patíbulo que se alzaba á unos cuarenta pasos de distancia, y que se erguia en pié como para recibir á su nuevo huésped. En aquel momento experimentó una sensación espantosa, como si le arrancarán á pedazos el alma y el corazón.

¡Pobre Ricardo! Ya estás en el patíbulo; ya cuentas el último instante de tu vida; despidete de las ilusiones mundanas; no pienses ya en los laureles que deslumbran tu vista en medio del tumulto de las ciudades; son tan mentidos los goces de la vida, que no deben llorarse al despedirse de ellos. Pon tu sola confianza en ese Dios que asienta su trono sobre las bóvedas del cielo, en ese Dios que te depara una corona mas duradera que la que el mundo hubiera podido ceñir á tu frente. Adios, Ricardo: las puertas de la eternidad ruedan ya sobre sus quicios para darte entrada, la muerte te reclama desde la fosa de tu sepulcro, y el ángel de los muertos alétea ya en torno de tus cabellos, esperando el alma que ha de conducir á la mansion de los vivos. — El sacerdote, que habia venido al reo, concluida la oración, dijo su bendición á Ricardo, y le dio el último adiós del que

abandona para siempre el mundo; y el jóven que le escuchaba reverente, murmuraba en tanto el postrer rezo del que está en agonía.

A los, hermanos míos, gritó Ricardo con esforzado aliento. Adios, hasta la eternidad. . . — y ¡oh pasmal el ir á abrazar al Crucifijo, los brazos del Redentor cñieron el cuello del sentenciado. . .

¡Milagro. . . milagro! . . . gritaron los que rodeaban el patíbulo; milagro, repitió á lo lejos un continuo vocerío que se perdía en los extremos de la anchurosa plaza; que se salvó, gritaron todos á la vez. . . es inocente. Y hombres, mugeres, ancianos, chicos, todos mezclados en turbulenta confusion, se lanzaban al patíbulo, atropellando por medio de la tropa que le guarnecia con ánimo de comprar la libertad del reo, aun cuando hubiera de ser á costa de sus vidas.

La voz del pueblo es la voz de Dios, dice el célebre autor del *Solitario*. Gritar la muchedumbre por la libertad del reo, lanzarse al patíbulo y salvar á Ricardo, conduciéndole en andas por las calles de Burdeos, todo fué obra de un momento. En vano los soldados querian poner orden, asegurando que ellos conducirían al sentenciado á la cárcel, hasta tanto que el tribunal resolviese su libertad; en vano la caballería caracoleaba por medio de la muchedumbre, haciendo paso y atemorizando la alborotada plebe; el torrente se habia desatado, y era sobrada fuerza querer oponer dique á su atropellador empuje.

El pueblo, pues, logró lo que anhelaba, y el jóven artista salvó una vida que ya contaba en su último suspiro. Pocos dias despues de acontecido este suceso, Ricardo y su anciano padre seguian el camino de Inglaterra; y algunos años mas tarde, el nombre de Ricardo se elevaba hasta la altura del de los mas distinguidos artistas.

Respecto del abrazo que el Crucifijo dió al sentenciado, todavía para el vulgo de aquellas cercanías, aunque al

través de tan luengos años, pasa por un milagro de los mas solemnes. No obstante, las crónicas de aquellos tiempos aseguran tan solo que en aquel suceso no tuvo el cielo intervencion ninguna, y que si el Crucifijo abrazó al reo, fué porque al tenderle los brazos tocó maquinalmente un resorte que lo hizo poner en movimiento. El lector puede adoptar de estas opiniones la que mejor le parezca, óh la inteligencia de que yo lo he contado como lo he oido contar.

RAMON DE SATORRES  
(Entreacto.)

— — — — —  
**A MARIA.**  
— — — — —

PLEGARIA.

Aparte de tus ojos la nube perfumada  
Que el resplandor nos vela que tu semblante da,

Y tiéndonos, María, tu maternal mirada,  
Dónde la paz, la vida y el paraíso está.

Tú, bálsamo de mirra; tú, cáliz de pureza;  
Tú, flor del paraíso y de los astros luz,  
Escudo sé y amparo de la mortal flaqueza  
Por la divina sangre del que murió en la cruz.

Tú eres, ¡oh María! un faro de esperanza  
Que brilla de la vida junto al revuelto mar,  
Y hácia tu luz bendita desfallecido avanza  
El naufrago que anhela en el Eden tocar.

Impela, ¡oh Madre augusta! tu soplo so-  
(herano  
La destrozada vela de mi infeliz batel,  
Enséñale su rumbo con compasiva mano,  
No dejes que se pierda mi corazón en él.

JOSE ZORRILLA.

